

de hacer daño, intentó robarla para volverla a encerrar en su horrible guarida, pero el príncipe se dió cuenta y mandó a sus servidores que la encerrasen en un calabozo oscuro, en el que no volvió a ver más la luz del día. Al morir la hechicera, la pobre pastorcita se convirtió en una hermosa princesa y tuvo que marcharse a su país, donde la llamaban con mucha urgencia... ¡Anda, pero... si se ha dormido!

Efectivamente, Cuentecito se había quedado como un tronco. Anicia a penas podía creerlo, y no pudo por menos de sonreír un poco triste. Se levantó y con mucho cuidado de no hacer ruido para no despertarle, se marchó de allí muy despacito y el cuento quedó sin terminar.

Al día siguiente, un hermoso trineo con cuatro caballos blancos como la nieve, aguardaba a la puerta de Palacio dispuesto a llevarse al Gran Duque Fernando y a su hija la princesita Lucinda.

—Oye, antes de marcharte cuéntame qué le sucedió a la princesa de que me hablabas anoche.

—Pues sucedió que, como ya te dije, tuvo que marcharse a su país y que el príncipe, después de algunos años, la fué a buscar y se casó con ella.

Llega el momento de marchar, sube el Gran Duque en su trineo y llama a su hija que sigue hablando con Cuentecito.

—Adiós, rey; ¡ya no te volveré a ver más!

—Sí, Anicia, digo, princesa Lucinda. Mira, cuando yo sea un rey muy grande como lo era mi papá antes de irse al cielo, entonces te iré a buscar a tu país y te casarás conmigo, como la princesa de tu último cuento se casó con el hijo del rey.

EPILOGO

¿Creéis que el rey Cuentecito no cumplió su promesa? ¡Vaya si la cumplió! Yo sé por un pajarito que me cuenta todo, que el pequeño rey después que pasaron algunos años y hubo crecido unos cuantos palmos más, se marchó con todo su séquito al país vecino y pidió la blanca mano de la princesa Lucinda, celebrándose la boda, poco después, con gran pompa y ceremonia. Y sé también por ese mismo pajarito, (que es un chismoso y me sigue contando muchas cosas), que el rey Cuentecito y su augusta esposa son un matrimonio muy feliz, y que Dios les ha enviado un futuro reyecito precioso, y tan chiquitín que le llaman Cañamón, y que ha salido con tanta afición a los cuentos como su papá.

Como veis el rey Cuentecito no olvidó su palabra dada a la princesa Lucinda. Es que Cuentecito era hombre de honor y cuando prometía algo lo cumplía siempre. Por esto y porque fué toda su vida bueno de corazón y noble de alma, como había dado palabra de ser a su padre al morir, Dios le bendijo desde el cielo y su reinado fué un reinado de paz y de prosperidad.

¡Ah! se me olvidaba deciros que todas las noches la princesa Lucinda, antes de dormirse, le contaba un cuento. «Pues señor... esto érase una vez...».

ELADIA MONTESINO



Voces y expresiones viciosas

Protestar de y protestar contra

PROTESTAR es fácil, desde Lutero hasta nuestros días; pero protestar bien es

cosa que no está ya al alcance de todo el mundo.

En nuestra lengua, como en la de Shakespeare, varía el significado de un verbo según su régimen. No es lo mismo «dar con el pie» que «dar por el pie», «preguntar a uno» que «preguntar por uno», «trabarse de palabras» que «trabarse en las palabras».

Quien no se detiene a considerar esto y tira, como suele decirse, por el camino del medio, puede llegar a expresar todo lo contrario de lo que quiere. «Juan protestó de la bondad de José, que tantas situaciones difíciles le había ocasionado». Por el sentido de la frase sabemos que Juan recrimina a José porque, por ser demasiado bondadoso, servicial, tolerante, etc., ha tenido que enfrentarse con más de un problema, que verse en más de un trance apurado. Sin embargo, si nos atuviéramos al alcance gramatical de cuanto queda entrecomado, el «protestó de la bondad de José» equivale a no poner en duda tal virtud, a denotar su existencia, a proclamarla. Porque hacemos «protestas de fidelidad, de amor, de justicia, etc.», cuando nos creemos fieles, amantes y justos; y «protestamos contra tal intromisión, desacato, arbitrariedad, etc.», cuando no nos avenimos a que determinada persona se meta donde no debe, nos falte al respeto, a la autoridad, o nos haga víctima de una resolución injusta, indebida, impropcedente.

Con los múltiples ejemplos que vamos a aducir en corroboración de cuanto antecede, se percatarán fácilmente los lectores de la importancia que tiene el distinguir bien el régimen de los verbos.

Los españoles somos profundamente individualistas. Nos molestan los regímenes políticos, jurídicos, etc., porque, como observó Ganivet, cada uno de nosotros y para su uso particular, quisiera llevar un código constitucional en el bolsillo.

Nos encocoran los regímenes gramaticales por la misma razón, porque nos gustaría dictarnos a nosotros mismos las reglas, y como la Gramática no tiene detrás a la Guardia civil, los *escribientes* y los *hablantes*, decimos las cosas como nos peta.

«... tan supersticiosamente observante de las reglas de su arte, que protestaba no abandonaría jamás alguna, aun cuando de observarla se hubiese de seguir la ruina de una ciudad.» Feijóo (*Teatro crítico universal*).

«... aunque ellos confiesen y protesten la incertidumbre y falibilidad de sus vaticinios...» (*Ibidem*).

«... por más que en el principio de sus libros y almanaques protesten que su arte es falible...» (*Ibidem*).

«... todos querían hablar para protestar de su adhesión al Rey niño; y en gritos y aclamaciones hubieran prorumpido...» Navarro Villoslada (*Doña Urraca de Castilla*).

«O mundo inmundo... protesto contra tí, mundo, no tengas ya más parte en mí.» Fray Antonio de Guevara (*Menosprecio de corte y alabanza de aldea*).

«Sisebuto y Ebbas son los primeros en protestar contra ella...» Navarro Villoslada (*Amaya o los vascos en el siglo VIII*).

«... yo protestaré cuanto se me antoje contra eso de emprender la nueva campaña sin orden de Teodosio...» (*Ibidem*).

«... que sus padres protestaron en toda regla, y a tiempo y sazón, contra la muerte de Jesús...» (*Ibidem*).

¡Conque a protestar cuanto se quiera—si bien no conviene hacer desmedido uso de esta facultad, que lleva en sí muchas veces el germen de la destrucción o al menos de la discordia,—pero a protestar como se debe, con *de* o *contra*, según los casos!

UN APRENDIZ DE HABLISTA



IDEARIO EXTREMEÑO

«¿Y qué debiera ser—bien contemplando—el alma, sino un eco resonante—de la eterna beldad que está llamando?»

FRANCISCO DE ALDANA «EL DIVINO»

A Cervantes

(TRIPTICO)

I

Desgarrando las olas, rebosantes
de espuma, las beligeras galeras,
se cruzan y confunden sus banderas
y entrechocan los yelmos y turbantes.
Trepida y cruje el leño, a las tonantes
descargas de metralla, en las troneras...
¡Asido el mástil de una Cruz señera,
mutilada una mano, está CERVANTES!

.....
Esclavos, en poder del Argelino,
esperanza y valor les da un lisiado...
¡Es SAAVÉDRA, su aliento sosteniendo!

.....
En una cárcel, sueña un peregrino
ingenio, de su siglo abandonado...
¡y el QUIJOTE, en su mente, va naciendo!

II

¡Salve: oh, tú... que en Lepanto te enfrestaste
con el airado Turco y, ampliamente,
entre la de Don Juan, bizarra gente,
luchaste ardido y triunfador quedaste.
Valiente cien por cien, bien lo ganaste...
Mas, por tu izquierda mano inexistente,
—bien lograda la gesta, ya, de oriente,—
portar portabandera no alcanzaste.
¡Cuán bien estructurado ese complejo,
no menos que grandioso, insospechado,
de tu arrojo y tu ingenio soberano...!
—¡Válame Dios... que tiéneme perplejo,
don bellaco, tu léxico endiablado!
¿Estás orate... o no hablas castellano?

III

¡Por Dios... que fué menguada villanía
dejarte sin apoyo y valimiento,
cuando el orbe debiera acatamiento
y homenaje rendir a tu valía!
En tu vida azarosa fué ironía,
que de una vil prisión, el aposento,
de paz y de sosiego fuera ASIENTO,
do el QUIJOTE nació en tu fantasía.
Si a la Patria y la Fe diste una mano,
la péñola, en tu diestra, fué Pegaso,
en que voló tu ingenio soberano.
Y muriendo en el más triste abandono,
¡SIN CAPA...! en lo más alto del Parnaso
la fama universal te erige un trono.

EMILIO CRESPO